

MATERIAL EDUCATIVO

UNA RESPONSABILIDAD COMPARTIDA

#asfixia

No podemos vivir
con más de lo que
necesitamos.

SELVAS
AMAZÓNICAS
Misioneros Dominicanos



AMAZIONADOS POR
LA DIGNIDAD DE LOS
PUEBLOS INDÍGENAS

DOCUMENTO BASE



Campaña África cuestión de vida, cuestión debida

Fuentes: www.africacuestiondevida.org y REDES

Como hemos visto, el consumo de los países económicamente más poderosos está provocando un auténtico drama social y ambiental en los países más empobrecidos. En nuestro modelo económico actual, que se basa en la obtención del máximo beneficio económico a corto plazo, tanto las personas como los recursos naturales quedan reducidos a meros factores de producción, para ser usados o desechados según convenga, sin reparar en las perniciosas consecuencias que estas actuaciones traen consigo. Porque en estos asuntos la rentabilidad a corto plazo es siempre el principal objetivo, al que se someten sin contemplaciones el resto de las cuestiones.

A la vista de la situación, se hace urgente cambiar este estado de cosas e impulsar un modelo de desarrollo justo y sostenible que, en palabras de la ONU, es "aquel que permite satisfacer las necesidades del presente sin comprometer las posibilidades de las futuras generaciones para atender sus propias necesidades".

Si bien los gobiernos y otras organizaciones son instituciones con gran responsabilidad a la hora de promover cambios de hábitos y encaminarnos a todos hacia formas de consumo sostenibles, nuestro papel como personas individuales coordinadas también es fundamental. Y es que todas nuestras acciones tienen efectos y consecuencias, así que debemos optar por las que mejor se adapten a los objetivos que nos interesan. Aunque no lo parezca, tenemos el poder y la posibilidad de actuar para poner en marcha un modelo socioeconómico más justo, basado en la sostenibilidad, el uso racional de los recursos, los derechos humanos y la justicia en el reparto de los mismos entre las diferentes comunidades y personas del planeta.



El consumo, herramienta de cambio

Si el consumo es uno de los responsables principales de esta injusta situación que venimos comentando, justo es también reconocer que el consumo, nuestro consumo, puede ser un instrumento privilegiado para conseguir que la situación se encamine por las vías de la justicia y el respeto de los derechos humanos y los recursos naturales.



Y es que el consumo tiene una importancia insospechada en los procesos económicos. "Consumo" se entiende aquí en un sentido amplio que abarca, no solo las acciones "en la tienda", sino en todos los aspectos de nuestra vida, desde el uso que hacemos de los recursos en casa –agua, gas, electricidad–, la elección de un banco donde gestionar nuestro dinero, la manera en que ocupamos nuestros ratos de ocio o la vivienda en la que queremos vivir.

A diferencia de otros aspectos de la economía, nadie es ajeno a la necesidad de consumir y, en consecuencia, todos podemos tomar decisiones eficaces; el consumo responsable está al alcance de todas y cada una de las personas. Mediante sus sencillos hábitos de consumo, que con racionalidad, sensibilidad y paciencia pueden ser modificados significativamente, consumidores y consumidoras tienen el poder de hacer llegar su mensaje de justicia y sostenibilidad a todos los agentes productivos. Porque hay que tener en cuenta que la obtención de beneficios por parte de las empresas depende, en última instancia, de lo que la gente compra.

Así pues, los ciudadanos y ciudadanas pueden participar en la toma de decisiones en relación con el modelo de desarrollo que quieren impulsar a través de su manera concreta de consumir, pero también –esto es importante, no hay que olvidarlo– mediante peticiones a los gobiernos y empresas en favor de la implantación de políticas industriales, ambientales y sociales sostenibles.

El hecho de que los consumidores y consumidoras decidan o no comprar un producto es de suma importancia para las empresas. Si poco a poco, una empresa ve cómo sus productos dejan de ser comprados y recibe el mensaje de que esto sucede por no cumplir con ciertos estándares éticos, ecológicos o solidarios, tarde o temprano tendrá que cambiar su política productiva si no quiere verse en la ruina. De esta forma, el consumo se convierte en una herramienta de presión para con las empresas que creen controlar el mercado, cuando, en realidad, el mayor poder lo tiene la demanda y no la oferta. Claro está que el consumo responsable no proporciona todas las soluciones al problema pero, aún así, tiene una gran capacidad para transformar la realidad.

Por tanto, además de fijarnos en los productos que vamos a comprar –su funcionalidad, características, materiales, marca, moda...–, también es importante analizar el comportamiento de las compañías que los producen: su código ético, las condiciones y circunstancias a las que someten a sus trabajadores y trabajadoras, su política sindical y ambiental, etc.

Un consumo éticamente correcto comienza, pues, por una buena información –del consumidor y la consumidora-. Existen organizaciones de consumidores y consumidoras, asociaciones, ONG internacionales... que se dedican a estudiar el comportamiento laboral, social y medioambiental de multinacionales y empresas de todo el mundo. No es, por tanto, nada complicado informarse y actuar en consecuencia.



El Consumo Responsable como alternativa

Consumo responsable es aquel que tiene en cuenta las repercusiones de los actos de consumo, tanto sociales como medioambientales, y opta de forma consciente y ética por aquellas que favorecen la justicia, sostenibilidad y el bienestar humano.

Siendo más concretos, el consumo responsable se sustenta en la producción, distribución y uso de bienes y servicios de forma que todos los habitantes del mundo tengan cubiertas sus necesidades básicas, viendo respetados sus derechos fundamentales y minimizando los daños ambientales.

Los dos aspectos fundamentales de un Consumo Responsable son:

- **Un consumo crítico:** basado en la capacidad de reflexión y opción, se trata de elegir los productos no solo por su precio o su calidad presentes, sino también por la historia que han vivido antes de llegar a la tienda y la que les espera después de concluir su vida útil. ¿En qué condiciones han sido extraídas las materias primas? ¿qué residuos genera y cómo se tratan?
- **Un consumo ético:** sustentado en la aplicación de nuestros valores éticos: austeridad (consumir en base a necesidades reales), justicia y solidaridad, primando aquellos productos que favorecen el desarrollo de las personas más empobrecidas o excluidas, rechazando aquellos que en su elaboración se han visto vulnerados o atentados los derechos humanos (esclavitud, trabajo infantil) y exigiendo a las empresas esa misma transparencia y ética en sus operaciones comerciales (evitando la especulación financiera, la financiación de conflictos, el expolio de recursos y el deterioro medioambiental).

La forma en que se estructura normalmente la cadena de producción-consumo consigue que las personas que consumen el producto final tiendan a preocuparse poco o nada por la forma en que este llega a sus manos, y mucho menos aún por lo que sucede con él una vez que lo han terminado de usar y lo desechan.

Dos máximas resumirían, en definitiva, las claves fundamentales del consumo responsable: consumir menos y consumir del modo más sostenible y solidario posible. Esto, a su vez, requiere personas informadas y decididas a cambiar de hábitos en favor de un mundo mejor para todos.





Algunos hábitos para trabajar

Analicemos a continuación cómo podemos aplicar más concretamente algunos de los principios indicados más arriba a ciertos ámbitos importantes en estas cuestiones de consumo.

a. La bolsa de la compra: seis “R”

La mayoría de las acciones de consumo comienzan por una decisión de compra. Como ya hemos comentado, estas decisiones suponen una poderosa herramienta de los consumidores y consumidoras para influir sobre los mercados. Cada vez que una persona decide qué comprar, en qué cantidad, dónde, cuándo o a quién comprar, está decidiendo con mucha concreción sobre el modelo de desarrollo económico, social y ambiental que desea construir.

Aunque las acciones individuales de consumo puedan ser percibidas como algo insignificante –lo que suele llevar a no hacer nada y esperar a que otros actúen primero–, está demostrado que, también en el campo del consumo, la unión hace la fuerza, necesaria para un cambio.

Tradicionalmente, los más concienciados en estos problemas han propuesto la regla de las tres “R” para encaminar los pasos del consumo por vías aceptables desde el punto de vista del respeto a los derechos humanos y al medioambiente: reducir, reutilizar, reciclar. Hoy en día, después de años de reflexión y práctica, a las tres “R” clásicas se suelen añadir otras tres “R”: repensar, reestructurar y redistribuir. Veamos lo que propone cada una de estas seis “R”:

Repensar nuestro modo de vida, nuestras necesidades básicas, para separarlas de las necesidades prescindibles, o simplemente inducidas, artificiales. Plantear patrones de consumo colectivos y favorecer hábitos de consumo responsable.

Reestructurar el sistema económico para que, en lugar de producir tantos bienes superfluos, se centre en la satisfacción de las necesidades básicas de las personas, atendiendo a las obligaciones de la justicia, el respeto a los derechos de la persona, los recursos naturales y el medioambiente. En consecuencia, en el precio final de los bienes y servicios de consumo deberían incluirse también los costes sociales y ambientales de su producción y posterior eliminación.

Reducir el consumo a niveles sostenibles para todos. Los productos “están” en las tiendas. Aparentemente, nuestro consumo comienza cuando los adquirimos y termina cuando tiramos a la basura los desperdicios. Sin embargo, la elaboración de todos esos productos exige gastos en recursos naturales y energía que, multiplicado por los 7.000.000 de habitantes, constituyen una gran amenaza para el planeta. Son los “residuos ocultos” detrás de nuestro consumo.



Reutilizar prolongar la vida de un producto hasta el final de su vida útil. De esta forma no se tiene que acudir a la compra de un nuevo producto hasta que el antiguo deja de ser funcional por completo. Las tiendas de segunda mano, el trueque y la reparación de productos estropeados son alternativas que han funcionado muy bien en otras épocas y a las que, con la ayuda de internet, sería conveniente dar hoy un nuevo impulso.

Reciclar para reincorporar al ciclo de producción y consumo los materiales una vez agotada la vida útil de un producto. Ello supone apostar por la compra de productos fabricados con materiales reciclados y reciclables.

Redistribuir los recursos de forma que todas las personas del planeta tengan un acceso equitativo a los mismos. La mejor manera de hacerlo es priorizar las compras en tiendas de comercio justo y, cuando haya que acudir a otras redes comerciales, preferir tiendas de barrio y empresas locales.

Como puede observarse, estas seis “R” están íntimamente interrelacionadas: las decisiones en un aspecto tienen consecuencias directas en los demás.

b. La energía

Estamos consumiendo energía continuamente, y cada día consumimos más. Todas y cada una de las actividades que realizamos la necesitan: comer, viajar, iluminarnos, calentar nuestras casas, encender el ordenador, usar el móvil, etc. Gastamos energía para satisfacer ciertas necesidades y, una vez que estas están satisfechas, encontramos otras nuevas que nos hacen consumir más y más energía. Consumismo y derroche energético van, pues, unidos de la mano.

Este modelo de consumo energético es insostenible ya que está basado, fundamentalmente, en el uso ineficiente de combustibles fósiles (petróleo, carbón y gas), cuyas reservas son limitadas, inseguras y, sobre todo, no renovables. Además, resultan altamente contaminantes, sobre todo en el momento de la producción eléctrica propiamente dicha, aunque no solo entonces.

Pero al estudiar el impacto de la energía en nuestra vida no hay que olvidar que cualquier fuente energética no solo afecta a su entorno en el momento en que está generando electricidad. Antes ha habido que extraerla y transportarla, y una vez que ha servido a su objetivo de generar electricidad hay que gestionar los residuos producidos (sólidos, líquidos y gaseosos). No se trata sólo de agotar el recurso sino en convertir, al mismo tiempo, esos países en vertederos de nuestros residuos.

Y es que la extracción de las materias primas que producen la electricidad –petróleo, gas, carbón...– tiene lugar, con demasiada frecuencia, en medios sociales y naturales muy valiosos pero, al mismo tiempo, tremendamente frágiles. La rentabilidad económica a corto plazo prima por encima de la seguridad alimentaria de la comunidad local a largo plazo y, por desgracia, muchas veces también por encima de los derechos humanos.

Por otra parte, la gestión de los residuos es hoy un dilema sin resolver. La producción de electricidad en centrales térmicas, a base de carbón o derivados del petróleo, es un proceso muy contaminante y peligroso. No sería exagerado afirmar que la mayor parte de los problemas ambientales que en la actualidad padece nuestro planeta se derivan de la producción y el consumo de energía.

Además, nuestro modelo actual de consumo energético continuará ejerciendo una sensible influencia –negativa– en el futuro. No solo en el nuestro y el de nuestros nietos; también en el de muchos africanos y africanas que, sin aprovechar los presuntos beneficios de la explotación de las materias primas energéticas de su entorno natural, van a ver, además de sus tierras esquiladas, su dignidad y su futuro como personas seriamente comprometido. Y es que la consecuencia inevitable de las ingentes emisiones de gases de efecto invernadero generados por este desmesurado consumo de combustibles fósiles es el calentamiento global, con todos los impactos ambientales y sociales derivados del mismo. El cambio climático que ya vivimos, aumentará e intensificará catástrofes como la desertización, los deshielos y la pérdida de biodiversidad. La alteración de los patrones climáticos multiplicará, al mismo tiempo, las crisis en la producción de alimentos. Todas estas dificultades traerán como efecto irremediable el incremento de las enfermedades, las desigualdades y la generación de pobreza.

Por otro lado, existen 2.000 millones de personas sin un suministro de energía fiable, frente a una minoría mundial que consume las tres cuartas partes de los recursos energéticos totales. He aquí una enorme injusticia que, en el marco de nuestro actual modelo energético, no hace sino aumentar cada día.

Una doble vía de actuación.– Como se ha explicado, cambiar este estado de cosas no es solo una decisión ecológica; tiene también mucho de opción solidaria en favor de tantos pueblos despreciados y despojados de sus bienes y sus derechos. Ante esta situación, dos vías de actuación parecen indispensables:

Por un lado, apostar con más convicción por fuentes de energía limpias y renovables, como son la energía: solar, eólica, hidráulica, geotérmica, mareomotriz, etc. Estas energías son “limpias” porque apenas tienen consecuencias nocivas para la salud de las personas y el medioambiente natural; son “renovables” porque se regeneran permanentemente y resultan, por consiguiente, inagotables. También son seguras y beneficiosas. Y, al mismo tiempo, sobre todo si se adoptan con convicción las medidas adecuadas, son perfectamente viables desde el punto de vista técnico y económico.

Pero apostar por la tecnología y por una política ambiental adecuada no es suficiente. También es necesaria la responsabilidad personal: debemos concienciarnos del problema y comenzar a incorporar en nuestras vidas prácticas de consumo responsable relacionadas con el ahorro energético y el uso eficiente de la energía, que racionalicen nuestro consumo e impidan todo despilfarro innecesario.

La presión de los consumidores, el cambio de hábitos de consumo energético y la innovación tecnológica, actuando de consuno, podrían resolver esta dramática situación de la que somos, en buena parte, responsables.

c. Los residuos

Llamamos “residuo” a cualquier producto, originado por la actividad del hombre, destinado a ser desechado. El consumo lleva inevitablemente aparejada una creciente generación de todo tipo de residuos, que suponen un problema cuya solución se va complicando más y más, a medida que pasa el tiempo.

Demasiados residuos.– El “para toda la vida” de los productos que consumían nuestros abuelos ha dado paso al “usar y tirar” que caracteriza nuestros productos actuales, cuya vida útil es cada vez menor. Nuestra sociedad multiplica los desechos: embalajes excesivos, los envases individuales, alimentos envasados, la deslocalización de la producción, la corta durabilidad de los electrodomésticos, etc. Además, el imparable crecimiento demográfico de la humanidad, el desarrollo del sector industrial y la globalización hacen que la producción de residuos aumente de continuo. Naciones Unidas estima que **se producen entre 20 y 50 millones de toneladas de residuos electrónicos al año en todo el mundo.**

La generación de residuos provoca una serie de problemas que afectan sensiblemente a la calidad de vida de las personas: ocupación de amplios espacios –vertederos, controlados o incontrolados–; contaminación de los suelos y las aguas, por los propios elementos tóxicos de los residuos, o por los producidos por la fermentación y evolución química de sus componentes; la contaminación del aire por el metano y el dióxido de carbono que se suelen desprender de ellos... Estos problemas tienen siempre una doble vertiente: los riesgos directos e inmediatos sanitarios para la población y los animales, incluida la transmisión de enfermedades; y la inseguridad para la supervivencia de las generaciones siguientes.

Desechos muy variados.– Al problema de la inmensa cantidad de residuos se une la variedad de los mismos, tanto en su composición (orgánicos, textiles, vidrio, plástico, papel, metal...) como en su toxicidad, desde los inocuos hasta los más peligrosos (productos químicos, radioactivos, desechos hospitalarios...).

Los residuos electrónicos terminan **en países con una legislación escasa o nula, como Ghana**, en lo que respecta a reciclaje o gestión de residuos. El destino tradicional era Asia, pero desde hace unos años los tentáculos de estos trasvases se ha extendido a otras regiones, sobre todo a África occidental. Al problema antes comentado del exceso de acumulación de basura, hay que añadirle que **una gran cantidad de productos electrónicos, como los ordenadores portátiles y los teléfonos móviles, contienen sustancias y materiales químicos cuyo “reciclaje o eliminación puede suponer una seria amenaza para la salud humana y el medio ambiente” (OMS).**

Pensar en las repercusiones que tienen estos residuos y generar conciencia para cambiar hábitos individuales y colectivos es uno de los primeros pasos en los que podemos centrar nuestra Educación para el Desarrollo. Buscar con creatividad la **reutilización** de los envases, prolongar lo más posible la vida útil de los productos; y, en caso de que lo anterior no fuera posible, **reciclarlos**.

En el caso de los envases, es posible hacer una opción anterior: elegir aquellos que, por su naturaleza, puedan ser más fácilmente reutilizados, reciclados o generen menor número de productos contaminantes en su elaboración.

- El **vidrio** se recicla con facilidad y genera escasos residuos consumiendo poca energía.
- El **papel** también se recicla, aunque en procesos que consumen más energía y, a menudo, incluyen la utilización de algunos contaminantes, como el cloro, que se emplea para el blanqueado final.
- Los **plásticos** presentan muchas más dificultades de reciclado pues son enormemente variados en su composición concreta y llegan muy sucios al reciclado; por otro lado, el reciclaje químico no es bien conocido todavía en todos sus extremos y gasta mucha energía, produce contaminación y da lugar a plásticos de baja calidad, que solo sirven para usos relativamente poco interesantes.
- Los **tetrabriks** y envases mixtos compuestos de cartón, plástico y aluminio, consumen grandes recursos en su fabricación, no son reutilizables y solo se reciclan en parte y con muchas dificultades técnicas y ambientales.
- El reciclaje de los envases **metálicos** depende mucho de la materia prima con que están confeccionados; la hojalata, por ejemplo, es relativamente fácil de gestionar, pero el aluminio –habitual en tantas latas de refrescos, por ejemplo– se produce en industrias altamente contaminantes ya desde el momento de la extracción de la bauxita, con gran consumo de energía y luego no son reutilizables; reciclar el aluminio es también un problema serio y su incineración produce peligrosas emisiones de metales pesados a la atmósfera.
- Otros **productos químicos**, muy habituales en nuestras casas –detergentes, medicamentos, insecticidas, cosméticos, pinturas...– habría que controlarlos con cuidado, porque son muy contaminantes y exigen un proceso químico especializado, que presenta dificultades particulares según el producto concreto de que se trate.

